

Embriaguez y violencia de género

XAVIER CASTRO

Universidade de Santiago de Compostela

RESUMEN

La embriaguez masculina habitual, denominada desde hace poco más de cien años *alcoholismo*, pero también la simple borrachera esporádica, devenían en importantes factores generadores de malos tratos propinados a las mujeres, que eran extraordinariamente frecuentes en el siglo XIX. Las leyes castigaban la embriaguez pública en cuanto que generadora de desórdenes. Pero no tomaban en consideración la embriaguez que se practicaba como “vicio” privado. Los adictos al alcohol han pasado de ser tildados de inmorales y viciosos a ser considerados como enfermos drogodependientes. Por lo que se refiere al ámbito del Derecho, la embriaguez ha sido tenida por circunstancia eximente de responsabilidad, y no pocas veces como atenuante de la correspondiente sanción, en los casos de delito. A esta conclusión se llegaban partiendo de la premisa de que el presunto delincuente obraba privado de su razón.

Palabras clave: Código Penal, embriaguez, maltrato a la mujer, atenuante, alcoholismo

ABSTRACT

The masculine habitual drunkenness, named for little more than hundred years alcoholism, but also the simple sporadic drunkenness, they were developing into important generating factors of maltreatment given for drink to the women, who were extraordinarily frequent in the 19th century. The laws were punishing the public drunkenness in all that that generating of disorders. But they were not taking in consideration the drunkenness that was practised as private “vice”. The addicts to the alcohol have happened of being labelled of immoral and vicious to being considered to be drugdependent patients. For what it refers to the area of the Law, the drunkenness has been had as exempting circumstance of responsibility, and not rarely as attenuant of the corresponding sanction, in the cases of crime. To this conclusion they were coming departing from the premise that the supposed delinquent was deprived of his reason.

Keywords: Penal code, drunkenness, maltreatment the woman, attenuant, alcoholism

Tanto el Eurobarómetro como, asimismo, otras encuestas e investigaciones revelan que el alcohol y las drogas fungen como un factor decisivo en la cuestión de la violencia ejercida contra la mujeres¹. En efecto, es un hecho bien conocido entre los especialistas que en general el alcohol aparece estrechamente asociado a distintas formas de violencia: la susodicha entre otras. Por supuesto que hay alcohólicos que no son maltratadores, pero el hecho es que existe un porcentaje muy elevado de maltratadores que son alcohólicos. Como toda causalidad, la del alcohol resulta en cierta medida problemática. Pero no más que cualquier otra: la influencia familiar, por ejemplo. No consigue explicar todos los casos, ni dar cuenta de las razones por las cuales muchos hombres que beben no agreden a sus mujeres². Como con justeza se ha dicho: “el alcohol no transforma en maltratador a un hombre que no lo es”³. A pesar de ello, la mayoría de los autores consideran primordial la toma en consideración de esta etiología en la explicación de la violencia de género.

Por lo demás, sucede que, en no pocos casos, los alcohólicos violentos se escudan en la enfermedad cuando perpetran sus agresiones.

La embriaguez masculina habitual, que con frecuencia se acababa convirtiendo en una dolencia crónica –denominada desde hace poco más de cien años *alcoholismo*–, pero también la simple borrachera esporádica, devenían en importantes factores generadores de malos tratos propinados a las mujeres. La conducta violenta de los hombre, que se proyectaba contra sus mujeres y con mucha frecuencia también contra sus hijos, era algo extraordinariamente común en el siglo XIX, según afirma Eugen Weber, en su obra *France, Fin de siècle*⁴. No resulta difícil ilustrar la dura realidad de las familias de los hombres dados a la embriaguez, cuyos integrantes padecían las consecuencias de su destemplanza. Existe una letrilla, revestida con un leve tono de crítica social, impresa en Madrid, en el año 1850, que revelaba con toda evidencia que la *cogorza* marital, a la que se retrataba humorísticamente como si se tratase de un animal, solía conllevar tales desaguisados: “Lo peor y dañino / que acompaña al animal / es, que el que se encuentra herido / con todos quiere pegar. Si de la *cogorza* / se ve uno muy malo, / lo primero que hace / es coger el palo; / sea sin razón / si el hombre se empeña, / á toda la casa / la carga de leña”⁵.

No hay duda de que para que el hombre le diese “*un buen correctivo*” a su mujer no hacía falta que mediase el alcohol como agente incentivador. En estado de completa sobriedad la golpeaba también “*cuando hacía falta*”, porque esto se consideraba, en el marco del patriarcalismo familiar, como una practica normal. El maltrato a la mujer era el ejercicio legítimo del derecho de corrección que ostentaban el padre o el marido cuando no eran obedecidos. Cuando las mujeres no se atenían a las instrucciones dictadas por

1 Esther Oliver y Rosa Valls, *Violencia de género. Investigaciones sobre quiénes, por qué y cómo superarla*. El Roure, Barcelona, 2004, p. 70.

2 *Ibidem*, p. 70.

3 Consuelo Barea, *Manual para mujeres maltratadas (que quieran dejar de serlo), detectar y prevenir la violencia de género*, Océnao, Barcelona, 2004, p. 92.

4 Eugen Weber, *France, Fin de siècle*, Belknap Press of Harvard University Press, USA, 1986, p. 87.

5 Biblioteca da Universidade de Santiago, *RSE Foll 12. 66*. “Coplas Nuevas de La Cogorza. Letrilla. Segunda Parte”. Imprenta de D. José Maria Marés, Madrid, 1850.

San Pablo consistentes en que: “obedezca, sirva y calle”⁶. Dicho de otro modo, cuando no acataban el contrato de servidumbre que implicaba el matrimonio, dando motivo con su desobediencia a la justa cólera de sus maridos, como indicaba San Agustín en sus *Confesiones*, poniendo a su madre, santa Mónica, como ejemplo de acatamiento ciego al hombre que le designaran por esposo⁷. Por lo demás, la violencia de género era también un instrumento de dominación, como se apunta con más detalle en otro apartado. Pero, desde luego, diversas evidencias muestran que cuando el varón se encontraba en situación de “franca iluminación alcohólica”, los malos tratos se convertían en moneda corriente.

Diversas investigaciones realizadas en las últimas tres décadas –en particular la llevada a cabo por la Asociación Médica Americana, dada a conocer en 1992– han puesto de manifiesto que el alcohol es un factor de riesgo que puede propiciar el surgimiento de la violencia familiar, tanto de la del hombre contra la mujer como de la que los padres proyectan contra los hijos⁸. Ello es debido a que el alcohol provoca una disminución del control de los impulsos, y, en caso de consumo crónico, aumenta además las tendencias paranoicas⁹. La socióloga García Más ha realizado un notable estudio¹⁰ partiendo de varias entrevistas a mujeres que se encontraban en casas de acogida y centros de ex alcohólicos. Sostiene la tesis, en apariencia irrefragable, de que en el 80% de los casos de malos tratos está presente el alcohol. En efecto, dicho informe refleja que un 63% de las entrevistadas en centros de acogida reconocía que los malos tratos que habían padecido estaban estrechamente relacionados con un consumo abusivo de bebidas alcohólicas por parte de sus maridos o compañeros sentimentales. Otros estudios realizados en España, indican que aproximadamente el 50% de las parejas de mujeres ingresadas en dichas instituciones de acogimiento eran consumidores abusivos de alcohol¹¹. En el caso de las mujeres que acuden a centros de ex alcohólicos, el porcentaje se sitúa en el 90% de los casos. Por su parte, Tony Gual, presidente de la asociación científica Socidrogalcohol, afirma que, según una estimación muy baja, como mínimo uno de cada tres casos de malos tratos es directamente atribuible al alcohol¹². En efecto, interrogadas acerca del desencadenante de la agresión, las mujeres refugiadas en centros de acogida responsabilizaban en un 48% al alcohol¹³.

Por lo que se refiere a Galicia, según una reciente encuesta de la Xunta, entre los factores más conspicuos que influyen en la violencia ejercida contra las mujeres, se mencionaban el abuso del alcohol y el consumo de drogas, en lo que coincidía un 87,6% de

6 Cit. por la vocal del Consejo General del Poder Judicial M^a Ángeles García García: “Moras y cristianas”, *El País*, 6 de marzo de 2006, p. 21.

7 *Ibidem*.

8 *Abuso de alcohol y violencia doméstica: interacción, problemas y sugerencias para la intervención*. Consellería de bienestar social. Generalitat Valenciana, Valencia, 2002, p. 37.

9 *Ibidem*.

10 Estudio del que ha dado cuenta Patricia Ortega Dolz, “El peor cómplice de la violencia familiar”, *El País*, Suplemento *Domingo*, 13 de octubre de 2002. p. 6.

11 *Abuso de alcohol y violencia doméstica...*, po. cit., p. 37.

12 Estudio del que ha dado cuenta Patricia Ortega Dolz, art. cit., p. 6.

13 *Abuso de alcohol y violencia doméstica...*, op. cit., p. 37.

los encuestados. También el 85,1% alude a problemas psicológicos y mentales de los agresores. El carácter sexista y machista de los mismos, lo apuntaba el 75,4%, y haber sufrido malos tratos físicos o sexuales, el 74,1%. Por fin, el 57,9% estimaba que el bajo nivel educativo era el primordial factor causal¹⁴.

A través de fuentes orales es posible corroborar la primacía de la bebida como etiológia principal en este orden de cosas. Cuando a una mujer informante le venían contando que el marido de alguna vecina suya le había dado una paliza, solía comentar, sin pensárselo mucho, conocedora como era del intríngulis de la cuestión: “ay, nada, mujer, que venía borracho; eso ya seguro, ¡bueno!”¹⁵. También en la literatura testimonial es posible constatar esta realidad. Por poner un caso, en la obra de Neira Vilas: *Memorias dun neno labrego*: “Andrés ten tres irmaos, todos pequechos. O pai bota día e noite na taberna e chega á casa bébedo. Malla na muller e nos fillos. Tenme contado Andrés que algunhas noites de xiada tiveron que saír tremando pola porta pra fóra, pois seu pai andaba tras eles cunha navalla”¹⁶. Balbino le preguntaba si su madre no podía hacer frente al maltratador. Esto a Andrés le parecía imposible. “—Cómo se lle vai arrepoñer! Ti queres que a balde? Ela trema coma unha vara verde cando o ve chegar”¹⁷. Por lo demás, el reconocido periodista y escritor Ramón Chao, que se ha caracterizado por revelar sin tapujos su historia familiar, lo que tiene singular mérito en un país de escritores y memorialistas dados a las pudorosas mistificaciones o los silencios encubridores, apuntaba que en su pueblo natal, Vilalba, a finales del siglo XIX: “Mi abuela Dolores estaba casada con Nazario, que le daba palizas cuando bebía”¹⁸.

El maltrato afectaba asimismo a las capas medias y altas de la población. También los varones de buena posición caían en el “vicio” de la bebida, aunque la suya solía ser una embriaguez más discreta. Era esta una de las muchas ventajas de disponer de una bodega o vinoteca en sus domicilios. Merecerá la pena hacer un inciso para explicitar un poco más esta cuestión del maltratador como mala hierba que arraiga en predios de muy heterogénea contextura.

Se sabe que en la actualidad no existe un perfil concreto de maltratador: los hay de cualquier edad, condición y clase social (aunque sí se registran algunos rasgos característicos, como veremos¹⁹). Todos tienen en común el machismo. Su objetivo es dominar a su pareja, aunque no quieren en principio hacer daño²⁰. Del informe sobre los malos tratos realizado por el Instituto de la Mujer, se infiere que muchos hombres se comportan con

14 Encuesta realizada por la Vicepresidencia da Igualdade e do Benestar, da Xunta de Galicia. *La Voz de Galicia*, 28/12/2005.

15 Entrevista realizada a Teresa Pedrós (Residencia Torrente Ballester) para la serie documental “O Mundo de Celavella”, realizada por Voz Audiovisual, para la TVG, en noviembre del 2003.

16 Xosé Neira Vilas: *Memorias dun neno labrego*, Eds. do Castro, Sada (A Coruña), 1972 (1ª ed. 1961), p. 51.

17 *Ibidem*, pp. 51-52.

18 Ramón Chao: “Violencia masculina”, *La Voz de Galicia*, 27 de febrero de 2004, p. 18.

19 Sobre esta cuestión cfr. Esther Oliver y Rosa Valls, *Violencia de género...*, op. cit., *passim*.

20 David Espinós y Fiona Forde: “Muchos maltratadores siguen invisibles”, *El País*, 25 de noviembre de 2003, p. 25.

violencia contra sus parejas al sentirse amenazados por el cambio del patrón de relación entre hombres y mujeres, que se va haciendo más equilibrado e igualitario. No son capaces de entender las relaciones entre los sexos en términos de igualdad. Esto afecta en especial a una categoría de varones, muy dispares en lo que concierne a su estatatus social, pero coincidentes en compartir una visión muy tradicional, recalcitrantemente conservadora, sobre las relaciones de género. Que, por supuesto, conllevaban la supeditación de la mujer.

Por consiguiente, todo parece indicar que ha habido siempre, y lamentablemente, todavía sigue habiendo en nuestros días, maltratadores de toda laya y condición social²¹. No obstante lo cual, es cierto que una de las variables que acostumbra a adornar el perfil del maltratador es el bajo nivel de estudios y cultural en general. En efecto, a mayor nivel económico y de instrucción desciende el grado de violencia doméstica, según una macroencuesta realizada en el año 2002 por el Instituto de la Mujer. Asimismo, un informe del Defensor del Pueblo (1998) constata que, en las distintas comunidades autónomas, el agresor es, en más de la mitad de los casos, un hombre entre 30-40 años, trabajador no cualificado o parado²². Es probable que antaño pasase lo mismo. Esto haría, lógicamente, que la violencia proliferara más en los bajos sectores sociales. Es quizá posible que tal cosa haya sido así, pero lo que resulta indudable es que es en los medios populares se notaba más. En parte por el hacinamiento en que solían vivir, especialmente en las ciudades, y en buena parte también por la mayor espontaneidad y transparencia de todas sus expresiones vitales, incluidas las violentas. En los ámbitos distinguidos todo sucedía en domicilios más espaciosos y bastante bien aislados (aunque siempre estaba, con el ojo avizor, el personal de servicio, que luego iba contando...). Sus integrantes estaban imbuidos de la idea del decoro y preocupados por “el qué dirán”. De añadidura, tendía a hacer más opaca la violencia en los ambientes de clase media o alta el hecho de que, en no pocas ocasiones, se haya revestido preferentemente, o puede que en determinados casos de modo exclusivo, de una forma más sutil: la coacción y el maltrato psicológico²³. Por todo ello, las damas que lloraban calladamente sus penas en sus alcobas y trataban de disimular el horror y la miseria que padecían, actitud que ha venido siendo tan habitual antaño, tenían bastantes probabilidades de pasar desapercibidas. O que, por lo menos, se notara poco. El afán de discreción, el decoro, obraba como un velo encubridor de la violencia misógina. En cualquier caso, su drama se desarrollaría entre bambalinas, con muchísima mayor discreción que el de sus compañeras de desventura entre la gente de bronce. Pero es que, por ende, la mujer fina tenía así muchas más dificultades para confesar las vejaciones que padecía. Si se decidía a revelarlas se sentiría deshonrada, y sabía que además denigraba a su marido y señor. ¡Del que dependía!.

21 Cfr. C. Ganzenmüller Roig, J. F. Escudero Moratalla y J. Frigola Vallina: *La violencia doméstica: regulación legal y análisis sociológico y multidisciplinar*, Bosch. Barcelona, 1999, *passim*.

22 Defensor del Pueblo, *La violencia doméstica contra las mujeres*. Informes, estudios y documentos. Madrid, 1998, p. 113.

23 David Espinós y Fiona Forde, “Muchos maltratadores siguen invisibles”, *El País*, art. cit., p. 25.

Todavía en la actualidad se tiene conocimiento de que existen numerosos casos de maltrato en familias de clase media-alta. Quienes han ahondado en esta faceta del problema, puntualizan que, en este medio, las mujeres hacen menos denuncias porque tienen miedo de perder su estatus²⁴. Un informe del Defensor del Pueblo, referido a la violencia doméstica contra las mujeres, revela que existe un sesgo estadístico condicionado por el hecho de que son los sectores sociales menos favorecidos quienes realizan un mayor uso de los servicios sociales y con más facilidad permiten que se transparente su problema. En cambio, los malos tratos que se registran en familias de niveles sociales y económicos más elevados no suelen denunciarse en las comisarías de policía, por lo que frecuentemente no aparecen en los datos facilitados por el Ministerio de Interior²⁵. La dama de alcurnia o la señora respetable tenían mucho más que perder con una denuncia de su situación que la mujer perteneciente al pueblo.

En lo que concierne al pasado, este tema ha suscitado escasa atención por parte de los historiadores, como hemos señalado en otra parte. No obstante, contamos con algún trabajo circunscrito al ámbito local. Una monografía sobre la problemática en Montilla (provincia de Córdoba) refiere diversos casos de maltrato en el siglo XIX, que afectaron a familias acomodadas²⁶.

Ha habido también casos de maltrato en los medios culturales y artísticos. Sin que se pueda excluir los ambientes de la bohemia, compuesta por un abigarrado mosaico de escritores, poetas y pintores. Esta cuestión se ha estudiado con mayor amplitud en Francia. El fotógrafo surrealista Man Ray, no oculta en sus memorias los azotes con los que, ocasionalmente, “domaba” a sus mujeres. En su momento, el hecho no parece que revistiera particular importancia, cuando se resolvió a confesarlo²⁷.

Prosigamos con la problemática de la incidencia del alcohol en este orden de cosas. En no pocos casos de maltrato se suelen conjugar el alcoholismo con los celos de los maridos. El resultado es una mezcla explosiva. Psiquiatras, psicólogos, sociólogos y afectados coinciden en que una parte importante de las agresiones a las mujeres por parte de los alcohólicos se deben al desarrollo de la celotipia. En efecto: “Los enfermos alcohólicos desarrollamos una especie de delirio de celos. Nos volvemos muy celosos y nos obsesionamos con nuestras mujeres”²⁸, reconoce Rafael Osete, fundador de la Asociación de Ex Alcohólicos Españoles. Cuando alcanzaba los 78 años de su edad, lamentaba este hombre que: “Gran parte de mi carrera de alcohólico la sufrió mi mujer. En cuanto me decía algo, yo la liaba, y aunque nunca he llegado a las manos, en mi casa se oían voces por un tubo, y los golpes y los porrazos estaban a la orden del día”²⁹.

24 *Ibidem*.

25 Defensor del Pueblo, *La violencia doméstica...*, op. cit., p. 35.

26 Inmaculada de Castro Peña, Josefa Polonio Armada y M^a Dolores Ramírez Ponferrada, *Retrato de mujer. La imagen de la mujer montillana*, Ayuntamiento de Montilla, Montilla, 2005, pp. 55-58.

27 Man Ray, *Autorretrato*, Alba, Barcelona, 2004.

28 Patricia Ortega Dolz, “El peor cómplice de la violencia familiar”, art. cit., p. 6.

29 *Ibidem*.

Otra consecuencia de la celotipia es el aislamiento de la pareja. Así lo ponía de manifiesto Conchi: en el transcurso de una entrevista admitía que era incapaz de hacer nada, pues al final se encontraba con que sólo tenía su trabajo, sus hijos y su marido. Los celos son progresivos, y los alcohólicos llegan a tener celos de todo. “Hasta de la tele”, observa la terapeuta Tomás Alonso. “Y hay un momento en que las mujeres se encierran porque evitan hacer todo aquello que desencadena la cólera de su marido”³⁰.

Este hecho contribuye obviamente a obstaculizar la denuncia del maltrato y, en definitiva, imposibilita que la mujer perjudicada encuentre una vía de escape en el siniestro pozo en que se encuentra. Tal era lo que hacía Conchi. Su vida se limitaba a ir al trabajo, recoger a los niños en el colegio, llevar la casa y esperar con incertidumbre a que llegara José, su marido. Nada más: ni amigos, ni familia. Señalaba, al cabo, que: “Era tan exagerrado que sentía celos hasta de su hermana”³¹.

Referiremos una historia de vida que testimonia el aislamiento en que se encuentran muchas de las mujeres maltratadas por maridos en extremo celosos. Como se podrá observar, muchas veces no les quedaba otra opción que sobrellevar su cruz con callada resignación. Una mujer que residía en Mogor y poseía una *boutique* en Marín, que gozaba de buena posición y un amplio nivel de relaciones en el pueblo, conoció a un asturiano y mantuvo una relación sentimental con él. Cuando se produjo la guerra civil fue encarcelado ante lo cual su novia le ayudó e intercedió en su favor, logrando su liberación. Se marchó después a Asturias donde su familia e intereses se habían visto perjudicados. Ella tuvo entretanto otras relaciones hasta que aproximadamente de veinte años después él regresó a Mogor y se casaron. Él era un hombre de izquierdas, considerado como “rojo”, y asumió cierto protagonismo encabezando la candidatura del PSOE en las elecciones municipales. Con su pareja se mostraba muy absorbente, hasta el punto de que ella tuvo que recluirse en casa, que era de su propiedad. Hubo de abandonar la *boutique* y las relaciones que mantenía con sus clientas *pijas*. El marido se oponía a que la visitasen su familia y sus amistades. Desde una casa cercana una testigo vio una escena que se repetiría seguramente más veces intramuros del hogar, con ligeras variantes: ambos cónyuges descansaban en sendas hamacas en el jardín. En un determinado momento, el hombre se levantó y comenzó a darle fuertes bofetadas e incluso alguna patada. Su mujer se tapaba la cara y permanecía inmovilizada. Quizá confiaba en que estando quieta se le pasaría antes el enfado a su marido. Se dice que la angustia que esta situación provocó en la mujer trajo consigo un empeoramiento de su salud: se encontraba mal de los nervios y con depresión. Tuvo que ponerse a tratamiento. Pero nunca contó nada³².

Por lo demás, Rafael Osete, ex alcohólico y observador cualificado de dicha problemática, hacía hincapié en que a pesar del drama que la inclinación a la bebida del marido ha solido representar para las mujeres, “Al 90% de los alcohólicos de mi época les han

30 *Ibidem.*

31 *Ibidem.*

32 Entrevista realizada por Xavier Castro a Pilar Blanco López, ya cit.

ayudado sus mujeres. Algo que no sucede casi nunca a la inversa. El hombre suele abandonar a su compañera cuando se deja arrastrar por el alcohol”³³.

En relación con la violencia se produce una espiral diabólica que la retroalimenta. Investigaciones en el campo de la psiquiatría, como la llevada a cabo por Joaquín Santo Domingo, jefe del servicio de psiquiatría del hospital madrileño de La Paz³⁴, han puesto de relieve que los niños maltratados son más proclives al alcohol y a desarrollar pautas de comportamiento violentas. Ya hemos visto que la citada encuesta de la Xunta subraya también este mismo hecho. Cuando estos hijos martirizados alcanzan la edad adulta hacen a su vez víctimas del *jarabe de palo* a sus parejas y también a su prole. Este proceso pudo haberse reproducido de generación en generación, desde épocas remotas. Lloyd de Mause pone el énfasis, en su *Historia de la infancia*, en la importancia de la transmisión secular de valores de padres a hijos. Según ello, la fuerza central de las transformaciones históricas serían los cambios psicogénicos de la personalidad resultantes de las interacciones habidas entre progenitores e hijos en sucesivas generaciones³⁵.

Por lo demás, Fray Luis de León era buen conocedor de que muchos de los pesares de las mujeres se producían como consecuencia de que los hombres estuviesen “beodos”. A veces, sus esposas caían también en el alcohol, por contagio, inducción o desesperación. Es sabido que la humillación de la mujer maltratada y la disminución de su autoestima obran como factores inductores del alcoholismo. En efecto, no es infrecuente que la mujer vejada recurra al alcohol en busca de alivio para su angustia y su temor. También porque no se siente valorada y querida. De este modo, se ha constatado que existe lo que se denomina *el factor contagio*, que viene dado por la incitación al alcohol ejercida por el esposo proclive a la violencia. Es muy común que el maltratador sumido en el pozo del alcoholismo induzca a su mujer, presionándola o violentándola, para que también ella beba. Sostiene Rodríguez Marín que en algunos casos el alcohólico busca la complicidad de su mujer, a la que trata de arrastrar a la bebida, y “no para hasta que la mujer bebe como él”. Ella puede pensar que si accede logrará que su marido se apacigüe. Esta decisión resultará desde luego perjudicial para la salud de la mujer que la adopte, pero no se puede negar que posee cierta lógica. En abono de esta tesis, Tony Gual, presidente de la asociación científica Socidrogalcohol, afirma que: “Está comprobado que los actos violentos son más frecuentes cuando los patrones de consumo de alcohol son distintos en la pareja, por eso hay mujeres que acaban bebiendo con sus maridos (un 18%) para evitar problemas”³⁶.

Es algo habitual que las mujeres maltratadas se autoengañen, traten de olvidarse o de minimizar al menos su problema. Pero sienten rebajada su autoestima, menoscabada su dignidad y muchas caen en la depresión. Las terapias de familia de los centros de ex alcohólicos están compuestas en un 90% por las parejas de los enfermos. Acuden allí para aprender a ayudar a sus esposos sin percatarse de que son ellas mismas quienes más auxi-

33 Patricia Ortega Dolz, “El peor cómplice de la violencia familiar”, art. cit., p. 6.

34 *Ibidem*.

35 Lloyd de Mause, *Historia de la Infancia*, Alianza Editorial, Madrid, 1991, p. 17.

36 Patricia Ortega Dolz, “El peor cómplice de la violencia familiar”, art. cit., p. 6.

lio precisan, en opinión de Sonia Tomás Alonso, la psicóloga que dirige una terapia de familia en Madrid. Y añade que los hombres, en cambio, no se sienten tan culpabilizados, y ni siquiera se hacen muchas veces responsables del drama que causan. Psicológicamente no se encuentran tan maltrechos como sus mujeres³⁷.

La alienación de estas personas puede alcanzar, pues, unas cotas muy elevadas. En un sentido coincidente, el trabajo de García Más llega a la conclusión de que: “En la mayoría de los casos son mujeres que ni siquiera son conscientes de que han sufrido un maltrato psicológico a través de agresiones verbales vejatorias de sus maridos borrachos”³⁸. Una paciente manifestaba algo que no resulta infrecuente escuchar en boca de otras mujeres y que puede revelar muy bien el nivel de autoengaño que pueden llegar a alcanzar: “Es que estaba bebido, pero mi José, si no bebe, es un cielo”. Eso hace, en opinión de la psicóloga Sonia Tomás, que sean personas con clara tendencia depresiva, con sentimiento de culpa porque han asumido la responsabilidad vicaria de la enfermedad de su pareja. Están convencidas de que su curación depende de ellas. Por esta razón los psicólogos opinan que muchas mujeres maltratadas son codependientes y necesitan aprender a dejar de serlo³⁹.

LA EMBRIAGUEZ, CIRCUNSTANCIA ATENUANTE

La tradición de las *bellas letras* hispanas recoge la consideración exculpatoria del alcohol, que supuestamente haría que la persona padeciera una suerte de enajenación mental transitoria. En tal trance, los demonios interiores tomarían el control del sujeto otorgándole licencia para perpetrar toda suerte de truhanerías y acciones reprensibles. Muñoz Seca revestía esta tesis con el ropaje de la versificación en su conocida obra *La venganza de don Mendo*. En ella, Mendo, un fresco de tomo y lomo, trataba de justificarse del siguiente modo: “Serena escúchame, Magdalena, / porque no fui yo... ¡no fui! / Fue el maldito cariñena / que se apoderó de mí”⁴⁰. Y así fue como se arruinó en una malhadada partida de cartas y contrajo deudas a las que de ninguna manera podía hacer frente. En el bien entendido de que el responsable no había sido él, sino el vino.

En el sistema literario gallego, Otero Pedrayo muestra de manera fehaciente, en su obra *A Lagarada*, que tenía conocimiento de la convicción de buena parte de la sociedad gallega en que la embriaguez era un expediente exculpatorio que liberaba de responsabilidad moral en los casos de comisión de delitos de sangre. De este modo, le hacía decir a la sombra fantasmal de un arriero estas palabras: “En esta bodega a un hombre maté; / ser era malo y de poca ley. / Fue culpa del vino, que mía no fue. / Llevé en el presidio la vida de un buey”⁴¹.

37 *Ibidem*.

38 *Ibidem*.

39 *Ibidem*.

40 Pedro Muñoz Seca, *La venganza de don Mendo*, Cátedra, Madrid, 1986 (1ª ed. Pueyo, Madrid, 1919), p. 76.

41 Ramón Otero Pedrayo, *A Lagarada*, Galaxia, Vigo, 1998, p. 73.

Parecía, en efecto, existir si no una convicción general, cuando menos una conciencia muy extendida, acerca de que la embriaguez hacía irresponsables a las personas que cometían tropelías o daños. Es, a este respecto, muy revelador de una determinada mentalidad, digamos, laxista respecto de la embriaguez, el modo en que se definía el verbo “emborracharse” en el *Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua*, en su edición de 1780; allí se indicaba que embriagarse era: “Tomarse del vino, ó de otro género de los que suelen causar la embriaguez, quedando sin tino y sin el uso libre y racional de las potencias”⁴². Esta voz del ilustre diccionario refleja, lógicamente, el criterio del conjunto de los académicos y de ella se infiere que la persona –un alguacil, o un juez, por ejemplo–, que la consultara se hallaría persuadida de que no se podía considerar dueño de sí al delincuente que obrase en estado de embriaguez, y por lo tanto no tenía sentido responsabilizarle de sus malandanzas o de los entuertos que cometiera.

Las leyes castigaban la embriaguez pública en cuanto que generadora de desórdenes (¡y blasfemias!). Pero no tomaban en consideración la embriaguez que se practicaba como “vicio” privado (era así como se consideraba, como un *vicio moral*, hasta que a comienzos del siglo XX pasó a reputarse el alcoholismo como una enfermedad, pero no sin cierta dosis de ambigüedad⁴³). Los adictos al alcohol han pasado de ser tildados de inmorales y viciosos a ser considerados como enfermos drogodependientes. Pero al mismo tiempo, en el ámbito del Derecho, la embriaguez ha sido tenida por circunstancia eximente de responsabilidad, y no pocas veces como atenuante de la correspondiente sanción, en los casos de delito. A esta conclusión se llegaban partiendo de la premisa de que el presunto delincuente, obraba privado de su razón.

Los legisladores que se han ido ocupado de la cuestión a través un siglo y bastantes decenios carecieron del grado de conciencia requerido, o por mejor decir, no desarrollaron suficientemente su sensibilidad, como para alcanzar a percibir que el alcoholismo masculino generaba, además de reyertas y quebrantamiento del orden público, una violencia que se proyectaba sobre las mujeres y los niños. Esto no tiene nada de extraño si tenemos en cuenta que el tema ha permanecido durante largo tiempo sumido en la mayor opacidad. Ni siquiera los historiadores y etnógrafos han solido reparar en él (algunas referencias aparecen en los compendios de folclore –canciones, dichos, etc.–, pero la verdad es que sus compiladores raramente han parado mientes en ello). Son escasísimos los testimonios antropológicos que den cuenta de los malos tratos soportados por las mujeres. Tampoco las investigaciones llevadas a cabo por folcloristas (Nicolás Tenorio) y etnógrafos del *Seminario de Estudos Galegos*, han detectado este problema. Y, curiosamente, algunos de estos trabajos se detienen a considerar el modo de relación entre los hombres y los animales domésticos, incluyendo alguna nota alusiva al mayor o menor rigor en el trato. Pasaba algo así como lo que sucedía con los hombres de más de cuarenta años en

42 “Emborracharse”, *Diccionario de la Lengua Castellana* (compuesto por la Real Academia Española), D. Joaquín Ibarra, Impresor de Cámara de S.M. y de la Real Academia, Madrid, MDCLXXX, p. 390.

43 Ricardo Campos Marín, *Alcoholismo, medicina y sociedad en España (1876-1923)*, CSIC, 1997, pp. 81 y 85.

relación con las mujeres: “no es que las mujeres no nos miren, es que no nos ven”, según observaba Ortega y Gasset, que aunque discreto era coqueto, al decir de sus biógrafos. La cuestión no ofrecía un perfil con el relieve necesario como para anclar en ella la mirada, entrenada culturalmente para pasar por encima sin percatarse, sin aprehenderla. Decía Oscar Wilde que las cosas más evidentes son las que menos se ven. O no se hacen notar. La violencia doméstica, como señalaba el Instituto de la Mujer, fundamentándose en una encuesta publicada en diciembre del 2002, era en aquellos tiempos un drama clandestino y estrictamente privado⁴⁴.

No fue sino en una época muy reciente que los cronistas, memorialistas, autores de dietarios y autobiografías tuvieron a bien hacerse eco de los casos que alcanzaron a conocer. Uno de los autores que ha alcanzado últimamente más éxito, Andrés Trapiello, refiere en uno de sus apuntes el caso de una chica joven, residente en Madrid, que recibía brutales palizas de su novio cuando estaba borracho⁴⁵. Otro ejemplo, lo brindan dos escritores y hermanos, Pepe y Ramón Chao, que se atreven a revelar en sus respectivas memorias dos casos de violencia de género⁴⁶. Uno de ellos, Ramón, llega incluso a reivindicar la necesidad de denunciar tales hechos, aunque a causa de ellos haya que pasar por un período de catarsis: “Parto de la convicción de que en todas las familias yacen secretos inconfesables, cadáveres en los armarios que por no sacarlos a la luz producen desequilibrios, histerias y hasta muertes prematuras. Y la violencia masculina hay que denunciarla, no ocultarla por el qué dirán o la vergüenza de haberla sufrido”⁴⁷.

También a veces encontraba cabida en la prensa una que otra noticia alusiva a la tunda dada por un marido, en plena curda, a su esposa infortunada. Para que los periódicos dispensasen su atención a esta cuestión solía hacer falta que el percance se convirtiese en un suceso escandaloso, por haber tenido lugar en plena calle, o en el patio de vecindad a la vista de todos. O bien porque la paliza llegara a ser tan brutal que la mujer diera gritos, pidiera auxilio y acudiesen alarmados, a separar al matrimonio, las vecinas y, acaso, el sereno y también el alguacil, siendo necesario llevar a la mujer al dispensario de la Cruz Roja para que le practicasen una cura de urgencia.

Pero cuando un incidente de violencia de género trascendía a los periódicos, tanto el tono de la noticia como el eventual comentario, solían ser trivializadores o incluso indiferentes, cuando no jocosos. Considerado a la luz de la sensibilidad de nuestros días aparecería como escandaloso. Las escasas alusiones que esporádicamente aparecen revelan una sensibilización prácticamente nula respecto del problema. Así, cuando Lamas Carvajal menciona la cuestión del maltrato en *O Tio Marcos d'a Portela*, no se duele lo más mínimo ni hace gala del moralismo regenerador que demuestra en otras cuestiones⁴⁸.

44 “Violencia insoportable”, editorial de *El País*, 19 de diciembre de 2002, p. 10.

45 Andrés Trapiello, *Una caña que piensa*, Pre-textos, Valencia, 1998, p. 179.

46 Xosé Chao Rego, *O demo meridiano. Lembranzas dun transgresor*, EXG, Vigo, 2004. Ramón Chao, *El lago de Como*, EXG, Vigo, 2004.

47 Ramón Chao, “Violencia masculina”, art. cit., p. 18.

48 “Casos e cousas”, *O Tio Marcos d'a Portela. Parrafeos c'o pobo gallego*, op. cit., p. 5.

Ítem más: una *letrilla* impresa en Madrid, en 1851, revelaba las vejaciones que podían padecer mujeres de clase media si la familia atravesaba, por ejemplo, por una fase de dificultades económicas. Vale la pena reproducirla: “Si el oficio no produce / la suficiente ganancia, / ha de limitarse el gasto / y huye pronto la abundancia. / Y si luego la miseria / en la casa predomina, / y tiene mal genio el hombre, en casa todo es mohína”⁴⁹. Y a modo de ilustración —extraordinariamente expresiva— un elocuente grabado mostraba a un hombre trajeado que esgrimía una tranca contra su mujer. Ésta, reacciona cogiendo una silla para tratar de defenderse con ella. A todo esto, la hija pequeña se agarraba a la falda de su madre y llevaba la otra mano a la frente en señal de pesadumbre. Toda la escena está descrita como una viñeta de costumbres, sin que el autor juzgase oportuno o necesario añadir algún comentario condenatorio de la violencia machista. Incluso era posible bromear con desenfado sobre el tema. Para muestra un botón: la revista ilustrada viguesa “*Vida Gallega*”, publicó en una de sus portadas del año 1917⁵⁰, un dibujo humorístico de Ventura Requejo, en el que se mostraba a un jinete que cabalgaba sobre un caballo, golpeándolo sañudamente con la fusta. Se cruza con un paisano que le reprocha su ensañamiento con el animal, preguntándole: “¿Y no le da vergüenza pegarle así a este caballo? Y el caballero entonces se disculpa: “Dispense, hombre. ¡Como hace tan poco que me murió la mujer!”. Es decir, “la costumbre” —como se titula la viñeta— que refleja el lápiz de Requejo indica que el señor fustigaba al rucio porque ya no podía desahogarse, como antes, golpeando a su mujer. Pero lo más sorprendente es que esto pasase por ser un chiste puesto en el lugar más visible de una revista ilustrada y de calidad, para la época, que adquiría gente con un cierto nivel económico y sociocultural. Se podía hacer chanza impunemente acerca del maltrato a la esposa. Hoy día sería inconcebible que se publicase algo así sin que se produjese una reacción muy hostil contra el autor de la caricatura y la propia revista.

Al fin y a la postre, la literatura, en especial la de marbete realista y de especialidad costumbrista, daba cuenta del hecho, por el prurito de testimoniar la realidad social, pero sin que el autor descendiera casi nunca a emitir juicios de valor recriminatorio o expresiones de rechazo. También es verdad que la literatura de calidad, sin que se pueda exceptuar a la más egregia (puede constituir un ejemplo Tirso de Molina, con su obra *La mujer que manda en casa*, que es posible situar en la estela de *La fierecilla domada*, de Shakespeare) alude al tema que nos ocupa para subrayar la cuestión del poder del varón en el seno de la familia, al que irrevocablemente se habría de someter la mujer. *Velis, nolis*: la violencia aparecía como un procedimiento legítimo para lograr dicho sometimiento, considerado como algo perfectamente *natural*, en aquellos casos de mujeres levantiscas o insumisas. Se aplicaba así en derecho de corrección, al que ya hemos aludido.

49 BXUS, RSE Foll 12. 81. “Estados de las mugeres. Vida de las casadas”. Imprenta de J. Marés, Madrid, 1851.

50 Ventura Requejo, “O costume”, portada de *Vida Gallega*, N° 82, 20 de Febrero de 1917.

En el léxico de esta extendida mentalidad, sorda y ciega ante el drama de la violencia de género, hunde sus raíces la ciencia del Derecho, tal y como revelan códigos legislativos y sentencias judiciales, aunque no sin ciertas matizaciones, como corresponde al rigor, ponderación y meditado escrúpulo que se le supone al legislador y, que duda cabe, que al juez. De añadidura, es posible constatar que, como iremos viendo, en el ámbito de las leyes, y de la Justicia en general, se ha ido registrando a lo largo del tiempo una tendencia al progresivo aumento del nivel de comprensión y magnanimidad hacia la persona que hubiera cometido un delito en estado de embriaguez. También parece verosímil señalar que muchos fiscales y jueces (de modo conspicuo los de orientación ideológica progresista) fueron incrementando su grado de tolerancia para con el bebedor de alcohol, más o menos crónico, que cometía algún delito. Si no formado legión, al menos habrán constituido un nutrido grupo, quienes fueron sensibles, atendieron y se plegaron al criterio ético-jurídico que aconsejaba tomar en consideración los condicionamientos económicos, sociales y psicológicos que afectaban al delincuente que se embriagaba habitualmente. De este modo, es posible conjeturar que las sentencias dictadas presentarían un cierto sesgo: habrán tomado muy en consideración la embriaguez como circunstancia atenuante, prevista como posibilidad en los códigos de justicia. Tan alto grado de comprensión hacia el varón que se excedía con la bebida y delinquía (en la mujer se producía en mucho menor grado este supuesto), vemos hoy en día que resulta contrastante y, en verdad, antisimétrica con la desconsideración, e invisibilidad de hecho, de la víctima del maltrato: la mujer que solía padecer las consecuencias de la incontinencia alcohólica del marido.

Consideraremos con cierto detalle esta cuestión, siquiera sea en el plano jurídico. En el mundo clásico la cuestión no parecía estar del todo clara. Si bien, por una lado, el Derecho Romano –en el cual se han solido inspirar nuestros juristas– reconocía el estado de embriaguez como aminorante de la responsabilidad criminal, como lo ponen en evidencia diversos pasajes de Marciano y Arrio Menandro, por otro, según ha aducido Mortara, tales textos carecieron de repercusión práctica; antes al contrario: “lejos de ello, la embriaguez se apreció generalmente como una agravante de la pena que correspondía al delito”⁵¹.

En lo que concierne a España, esta historia da comienzo con la aprobación del código penal, en el año 1822, que entonces mantenía una actitud muy sañuda para con el bebedor recio: “La embriaguez voluntaria y cualquiera otra privación ó alteración de la razón de la misma clase no serán nunca disculpa del delito que se cometa en ese estado, ni por ella se disminuirá la pena respectiva”⁵².

El viraje hacia una actitud de comprensión se hizo patente en el código penal de 1848. En él se señalaba como circunstancia atenuante (no como eximente) de la responsabilidad criminal, haber ejecutado el hecho en estado de embriaguez, pero con dos salve-

51 Cit. por Luis Jiménez de Asúa, *Derecho Penal*, Editorial Reus, Madrid, 3ª ed., 1924, p. 142.

52 Art. 26. *Código Penal de 1822*. En Jacobo López Barja de Quiroga, Luis Rodríguez Ramos y Lourdes Ruiz de Gortázar, *Códigos Penales españoles. Recopilación y concordancias*, Akal, Madrid, 1988, p. 20.

dades: “cuando esta no fuere habitual ó posterior al proyecto de cometer el delito”⁵³. Una conceptualización idéntica hallamos en los códigos penales de 1850⁵⁴ y 1870⁵⁵. Empero, el código de 1928 presenta alguna novedad. Dice lo siguiente: “Atenúan o agravan la responsabilidad del infractor: 1.º La embriaguez, que cuando sea involuntaria será apreciada como atenuante; si fuera intencional, pero no buscada de propósito para cometer la infracción, podrá ser apreciada como atenuante o no ser apreciada como atenuante ni como agravante, y, si fuera buscada de propósito para la ejecución de la infracción, o habitual en el agente, será estimada como agravante”⁵⁶.

El código de 1944, parece volver a la definición decimonónica. El asunto desaparece del apartado que versa sobre las circunstancias que atenúan o agravan la responsabilidad criminal, según los casos⁵⁷, para incluirse en otro, situado en el capítulo tercero, en el que se consideran solamente las circunstancias que atenúan la responsabilidad delictiva. En él se especifica que se considera como atenuante la embriaguez no habitual, siempre que no se haya producido con el propósito de delinquir⁵⁸.

Como ya hemos indicado, paulatinamente se fue abriendo paso una actitud de creciente comprensión hacia el delincuente que obraba en estado de embriaguez, que culminó con la promulgación del código penal de 1995. En él se asumía la embriaguez plena como circunstancia, ya no solo atenuante, sino incluso como eximente. Convendrá detenerse un momento para hacer algunas consideraciones relativas a este cambio en la consideración jurídica del hecho, atendiendo a la argumentación en que se ha sustentado.

DISTINGOS JURÍDICOS

Comenzaremos por señalar que, como ya hemos consignado, en el orden penal tenía mucha importancia la distinción jurídica entre, por una parte, la intoxicación alcohólica aguda, embriaguez solo ocasional (jurídicamente se entendía que esta era la embriaguez propiamente dicha), que era la que podía ser juzgada como atenuante, y, por otra parte, la intoxicación crónica. Era esta la que recibía la denominación de alcoholismo (mejor que embriaguez, como hemos apuntado)⁵⁹ y no era considerada por la ley como circunstancia atenuante. En este sentido la doctrina jurídica de finales del siglo XIX sostenía que: “El alcoholismo propende a delinquir”⁶⁰. Del mismo modo, tampoco se consideraba apropiada

53 Art. 9º. *Código Penal de 1848*, en J. López Barja de Quiroga y otros, *Códigos Penales españoles...*, pp. 127-129.

54 Art. 9º. *Código Penal de 1850*, *ibidem*, p. 330.

55 Art. 9º. *Código Penal de 1870*, *ibidem*, p. 501.

56 Art. 69. *Código Penal de 1928*, *ibidem*, p. 711.

57 Capítulo V. *Código Penal de 1944*, *ibidem*, p. 1.193.

58 *Ibidem*, p. 1.191.

59 Luis Jiménez de Asúa, *Derecho Penal*, *op. cit.*, p. 142.

60 *Ibidem*.

do suavizar la sanción cuando la embriaguez tenía lugar *ex post*: tras haber concebido el propósito de delinquir.

Ahora bien, no cabe duda de que podían existir unos ciertos márgenes de ambigüedad a la hora de determinar si la embriaguez era habitual o no. En efecto: “El legislador no expresaba cuándo ha de considerarse habitual la embriaguez”, sino que dejaba al arbitrio de los Tribunales que resolviesen sobre el particular considerando las circunstancias, las personas y los hechos concretos en cada caso. Por lo demás, la jurisprudencia dejó sentado que mientras no se demostrase lo contrario, la presunción legal de no ser habitual ni anterior al proyecto de cometer el delito estaba a favor del reo⁶¹. A propósito de esto resultaban apodícticas las sentencias de 1878, 1880, 1883, 1886 y 1890⁶².

Por otra parte, la justificación teórica que sustentaba la tesis de que la embriaguez ocasional debería ser considerada como una circunstancia atenuante se basaba en la suposición de que la persona ebria actuaba con inconsciencia, no siendo ya dueña de su voluntad, por lo que desaparecían las condiciones de imputabilidad⁶³. Así aparecía expresado en las consideraciones expuestas por Luis Jiménez de Asúa, quien además matizaba la cuestión asumiendo la teoría de las tres fases en el proceso habitual de la embriaguez. Entendía este autor que había que tener en cuenta, en especial en las fases segunda y tercera –cuando estaba ya completamente embriagado el individuo–, que si delinquía lo hacía: “(...) impulsado por el alcohol, sin voluntad, sin intención de su parte”⁶⁴. En consecuencia, propugnaba que la embriaguez de segundo y tercer grado fuese considerada no solo ya como atenuante, como contemplaba el derecho penal español vigente en la década de 1920, sino como eximente incluso, porque en tales supuestos el justiciable “no tiene tendencias criminales” y cuando volviese a la normalidad tal vez sería “(...) el primero en lamentar amargamente el hecho”⁶⁵.

Llegados a este punto, resulta posible seguir por lo menudo la traza del desarrollo argumental esgrimido en pro de la consideración de la embriaguez como eximente y no solo como atenuante. Veámosla: la doctrina jurídica más acreditada en las primeras décadas del siglo XX suscribía el criterio expuesto por Farinaci, quien sostenía que la embriaguez excluía la culpa, “salvo en el caso en que el individuo sepa que la embriaguez le vuelve furioso, y cuando fué anterior al propósito de cometer el delito”⁶⁶.

El catedrático de la Universidad de Madrid, Luis Jiménez de Asúa, autor de un tratado de Derecho Penal⁶⁷ varias veces reeditado y empleado como manual por los opositores al Cuerpo de Judicatura y al Ministerio Fiscal, tomaba en consideración un criterio de su tiempo, del que participaban las personas de acentuada sensibilidad humanística, pero que hoy en día nos puede parecer sedicente (cuando consideramos que los despo-

61 *Ibidem*, p. 144.

62 *Ibidem*, p. 144, nota 1.

63 *Ibidem*, pp. 143 y 144.

64 *Ibidem*.

65 *Ibidem*, p. 144.

66 *Ibidem*, p. 142.

67 *Ibidem*

seídos también propinaban malos tratos a sus compañeras, *las proletarias de los proletarios*), según el cual: “El que se embriaga lo hace muchas veces para olvidar el hambre y el dolor”⁶⁸. A mayor abundamiento, siguiendo la autoridad del especialista italiano en cuestiones psiquiátricas, Sikorski,⁶⁹ Jiménez de Asúa argüía que el alcohol: “paraliza los nervios vaso-motores que disminuyen la actividad cardíaca –seguida de aceleración, disturbio en la respiración, contracciones de los capilares– frente al peligro”, imposibilitando que en la mente de la persona apareciese la asociación: delito-pena⁷⁰. A tenor de esta reacción psicósomática –diríamos con la terminología actual–, quedaba muy reducido o francamente anulado el resorte de represión y autocontrol que ejerce la instancia que los freudianos denominan superego. En palabras del ilustre penalista: “El alcohol desata el auto-freno moral inhibitorio”⁷¹.

Se advierte en esto el cambio de paradigma establecido por la ciencia médica en relación con el hábito y frecuencia de la ingesta alcohólica, que tiene lugar en la segunda parte del siglo XIX. Como ya hemos indicado, a partir de entonces el alcoholismo ya no se tiene por un vicio moral sino por una enfermedad. Luis Jiménez de Asúa, en la década de 1920, mostraba su distancia con la antigua concepción pero no parecía haber asumido por completo la nueva. En efecto, dicho jurista recordaba que la antigua técnica jurídica sostenía que cuando “al crimen se añade un vicio” lo pertinente era agravar la pena, es decir, considerar la embriaguez habitual “como circunstancia de agravación”. Y evocaba esto para afirmar que dicha tesis ya no se podía sostener. Razonaba su postura con una argumentación moderna pero empleando el vocablo “vicio”, en vez del de “enfermedad”, que hace que todavía parezca deudora de la vieja concepción en la que se hallaría en cierta forma anclada. Ello desde el punto de vista terminológico, pero en cierto modo también desde el prisma conceptual. Véanse si no sus palabras; decía, en efecto, que: “El alcohólico delinque por serlo, y por eso lo primero que se necesita es que se cure de su vicio. La pena agravada no produciría ningún efecto ni reportaría beneficio alguno a la sociedad. Lo que debe hacerse es colocarlo en un establecimiento para bebedores, de donde no saldrá hasta que se haya sanado de su vicio alcohólico”⁷². Al considerarlos incapaces de derecho penal, en vez de la pena, se les debería de aplicar, como medida de seguridad, el internamiento en un centro específico en el que se tratase su problema. Convendremos, quizá, en que su razonamiento estaría mejor ajustado al nuevo paradigma de la medicina si en lugar de decir “sanado de su vicio”, hubiese escrito “sanado de su enfermedad”, y, del mismo modo, también si en vez de propugnar que se les instalase –casi parece querer decir “recluyese” en un establecimiento concebido como medida de seguridad (pensaba en “asilos para bebedores”, como propugnaba Dorado Montero⁷³, a quien cita expresamente) se hubiese referido a una clínica médica u hospital.

68 *Ibidem*, p. 141.

69 Sikorski, “Fisionomia e psicologia degli alcoolisti”, in *Archivio di Psichiatria*, XX, 1899.

70 Luis Jiménez de Asúa, *Derecho Penal*, *op. cit.*, p. 142.

71 *Ibidem*.

72 *Ibidem*, p. 198.

73 Dorado Montero, *Asilos para bebedores*, Hernández, Madrid, 1901.

A MODO DE CONCLUSIÓN

El criterio expuesto por Jiménez de Asúa y otros ilustres penalistas acabó por imponerse. De este modo, como ya se ha apuntado anteriormente, el código penal de 1995 (Ley Orgánica 10/1995, de 23 de noviembre) pasó a asumir la embriaguez plena como eximente. En efecto, en el capítulo I, artículo 20, que versa sobre las causas que eximen de la responsabilidad criminal, preceptúa que se podrá beneficiar de dicha eximente: “El que al tiempo de cometer la infracción penal se halle en estado de intoxicación plena por el consumo de bebidas alcohólicas, drogas tóxicas, estupefacientes, sustancias psicotrópicas y otras que produzcan efectos análogos”⁷⁴. Empero, se establecía un único requisito para que la intoxicación obrase como eximente: que dicho estado de irresponsabilidad “no haya sido buscado con el propósito de cometerla [la infracción penal] o no se hubiese previsto o debido prever su comisión”⁷⁵. Además, en el siguiente artículo, el 21, se indica, que la embriaguez plena también podría ser considerada como atenuante: “cuando no concurrieren todos los requisitos necesarios para eximir de responsabilidad (...)”⁷⁶. En consecuencia, el código penal actual es, en este sentido, más comprensivo con el delincuente que se halla bajo el efecto de la embriaguez, y también lo es en otro más general: ya no establece el distingo entre la embriaguez crónica, o alcoholismo, y la ocasional, tratando *de facto* con idéntica benignidad ambos supuestos.

En la actualidad, desde algunos sectores de la sociedad civil, se cuestiona la justeza y corrección de un criterio tan comprensivo con el delincuente embriagado. En efecto, en ciertos ambientes sociales se ha suscitado, desde hace poco tiempo, la polémica de si el alcohol debe seguir siendo considerado como atenuante en casos de maltrato, apartándose así del criterio jurídico tradicional, vigente desde hace unos ciento cincuenta años, que se fundaba en la convicción de que el estado de embriaguez disminuye la responsabilidad de los actos⁷⁷. La postura crítica adoptada por algunos escritores, y en particular mujeres de orientación feminista, como Rosa Montero, es posible que represente la punta de un iceberg que parece señalar la emergencia de una nueva mentalidad. Así, en el seno de la “Plataforma de Mujeres contra la Violencia de Género” y otras asociaciones de mujeres se suele sostener el criterio de que la apelación al alcoholismo, el manido recurso de que: “Es que no estaba en sus cabales, había bebido...”, no puede ser la justificación de todo. Un portavoz de tales sectores arguye a este respecto que: “El alcohol hace agresivos a maltratadores en potencia”⁷⁸, y por lo tanto entiende que se impone un cambio de actitud y desde luego una seria política de prevención.

74 Artículo 20 de la Ley Orgánica 10/1995, de 23 de noviembre, Cfr. *Código Penal y Leyes Penales Especiales*, Editorial Aranzadi, 7ª ed., Elcano (Navarra), 2001, pp. 95-96.

75 Artículo 20 de la Ley Orgánica 10/1995, de 23 de noviembre, *ibídem*, p. 96.

76 Artículo 21 de la Ley Orgánica 10/1995, de 23 de noviembre, *ibídem*, p. 97.

77 Patricia Ortega Dolz, “El peor cómplice de la violencia familiar”, art. cit., p. 6.

78 Declaraciones de Milagros Rodríguez Marín, miembro de la “Plataforma de Mujeres contra la Violencia de Género”, transcritas por Patricia Ortega Dolz: “El peor cómplice de la violencia familiar”, art. cit., p. 6.

Desde estas esferas críticas se sugiere que la cuestión de la ingesta excesiva de alcohol, que suele estar presente en los casos de maltrato, se ha solido abordar con algún punto de lenidad y condescendencia. En efecto, la embriaguez ha sido considerada como un atenuante penal (con los matices que ya se han visto) o, bajo determinadas circunstancias, incluso como eximente. De este modo, la impunidad del maltratador era casi completa: si descalabraba a su mujer y se le acusaba de un delito de lesiones, podía aducir que había obrado sin estar plenamente en sus cabales. Puesto que la bebida había obnubilado su conciencia no se le podía juzgar como responsable pleno. Hay en este terreno un amplio espacio para la picaresca y el dolo. La posibilidad de que el sujeto que sabe que el juez va a ser benevolente con la fechoría que cometa, dada su condición de *pobre enfermo alcohólico*, no perciba la represalia legal como un verdadero freno o un factor eficazmente disuasorio. También es dable concebir la hipótesis de que el borracho ocasional se planteara con anterioridad la conveniencia de perpetrar la actuación violenta bien empapado en alcohol, para conseguir que se le declarase irresponsable penal, pues no era fácil que un magistrado llegase a conocer con certeza que la embriaguez había sido buscada deliberadamente con tal propósito. Y como es bien sabido, *in dubio, pro reo*, exacta expresión que se utilizaba ante tales casos en los que existía incertidumbre. Constituye un hecho probado que no pocas veces la bebida no es la causa sino la cohartada que emplea el maltratador para perpetrar su ataque. Así lo pone de manifiesto el citado informe del Defensor del Pueblo sobre la violencia de género, cuando señala que uno de los rasgos que delinean el perfil del hombre que maltrata no es otro que utilizar el alcohol como excusa para agredir, más que agredir a causa del alcohol⁷⁹.

Como han apuntado Inés Alberdi y Natalia Matas, el alcohol puede servir para disminuir la responsabilidad personal cuando el agresor se excusa alegando que estaba borracho y, sin embargo, estudios concretos demuestran que estos mismos agresores también se comportaban violentamente cuando estaban sobrios⁸⁰. Añaden, además, que el hecho de que el alcohol haya sido considerado como atenuante en el enjuiciamiento de estos delitos ha propiciado incluso que se aduzca la ingestión de alcohol en un gran número de casos. En este sentido, citan a Rosenhow y Marlatt⁸¹, quienes demostraron que las expectativas acerca de los efectos desinhibidores del alcohol son tan poderosos como el efecto farmacológico del alcohol en sí. Esto sustenta la hipótesis de que los agresores emplean el alcohol cuando cometen maltrato para justificar su comportamiento⁸².

79 Defensor del Pueblo, *La violencia doméstica...*, op. cit., p. 114.

80 Inés Alberdi y Natalia Matas, *La violencia doméstica. Informe sobre los malos tratos a mujeres en España*, Fundación "La Caixa", Barcelona, 2002, p. 103. Sobre esta cuestión cfr. También, D. Dutton y S. L. Painter: *Male domestic violence and its effects on the victim*, Ottawa Health and Wellfare, Canadá, 1980.

81 G. A. Rosenhow y D. J. Marlatt, "Cognitive processes in alcohol use: expectancy and the balanced placebo design", en N. K. Mello, *Advances in Substance abuse Behavioural and biological research*, A research annual, vol. 1, Greenwich CT JAI, 1980.

82 Inés Alberdi y Natalia Matas, *La violencia doméstica*, op. cit., p. 103.

Esta posición revisionista conoció un momento cenital con ocasión de unas declaraciones de una ministra de Sanidad y Consumo, Celia Villalobos. Ésta solicitaba, en noviembre del año 2000, que el consumo de alcohol fuese considerado, en los casos de malos tratos, como una agravante en vez de como una atenuante, desde el punto de vista judicial y social⁸³.

También es verdad, en este mismo sentido, que algunas sentencias recientes, muy benevolentes con el delincuente ebrio, han generado cierto grado de descontento y malestar. Como puede ser la siguiente, por mencionar una, que la prensa resumía así: “La Sala Segunda del Tribunal Supremo ha rebajado la pena de 16 a 10 años de cárcel a dos jóvenes condenados por la Audiencia Provincial de Navarra por violar y robar a dos prostitutas en un descampado, al entender que lo hicieron como consecuencia de un estado de “embriaguez importante””. La Sentencia del Supremo señalaba que: “sólo una borrachera de cierta intensidad” podía explicar que ambos jóvenes llegaran a hacer lo que hicieron, en la madrugada del día 24 de enero de 1996. El hecho de que los acusados tuviesen sus facultades mentales gravemente alteradas por la ingesta alcohólica fue considerado como una circunstancia atenuante⁸⁴. La sentencia ha sido contestada desde los círculos preocupados por los derechos y la dignificación de la mujer.

Desde la orilla de enfrente se argüye, como contrapartida, que la mencionada pretensión revisionista supone, en cierto sentido, una regresión a épocas anteriores a la humanización, moderación y “racionalización” de las penas, llevada a cabo en el siglo XIX, cuya causa defendieron señeramente Cesare Beccaria (1735-1794) y, en nuestro país, Concepción Arenal. Por ello, tales polemistas consideran francamente inconveniente retroceder a la situación anterior a 1848 en que no se tenía en cuenta la embriaguez como atenuante penal. También aducen que no encuentran muy lógico hacer una salvedad a la aplicación circunstanciada de la embriaguez como atenuante en la cuestión de los malos tratos y dejarla en cambio en vigencia en los restantes asuntos. Por muy preocupante que resulte la cuestión de la violencia de género, y por más alarma social que suscite, tal pretensión discriminatoria no les parece congruente con una *sana ratio* jurídica.

83 EP. Madrid, “Villalobos pide...”, *El País*, 14 de noviembre de 2000, p. 30.

84 EFE. Pamplona, “El Supremo rebaja la condena a dos violadores porque estaban borrachos”, *El País*, 16 de diciembre de 1999, p. 42.